

HARUKI MURAKAMI
DESPUÉS DEL TERREMOTO

Traducción del japonés de Lourdes Porta

TUSQUETS
EDITORES

Un ovni aterriza en Kushiro

Estuvo cinco días enteros sentada frente al televisor. En silencio, con los ojos clavados en las imágenes de hospitales y bancos derruidos, calles comerciales calcinadas por el fuego, líneas férreas, autopistas cortadas. Hundida en el sofá, con los labios apretados con fuerza, ni siquiera respondía cuando Komura le hablaba. Ni tan sólo afirmaba o negaba con un leve movimiento de cabeza. Él ni siquiera tenía claro si ella llegaba a percibir su voz.

Su esposa era de Yamagata y, que Komura supiese, no tenía ni familiares ni conocidos en los alrededores de Kobe. A pesar de ello, de la mañana a la noche, no se apartaba del televisor. No comía ni bebía, al menos en su presencia. Ni siquiera iba al lavabo. No hacía el menor movimiento, aparte del de cambiar de canal con el mando a distancia.

Komura se tostaba él mismo el pan, se tomaba el café y se iba al trabajo. De regreso, se la encontraba sentada frente al televisor en la misma postura en que la había dejado por la mañana. A él no le quedaba más remedio que improvisar una cena sencilla con lo que había en el refrigerador y tomársela solo. Cuando

se iba a dormir, ella seguía con los ojos fijos en la pantalla del noticiario de la madrugada. Circundada por un muro de silencio. Al final, Komura desistió de dirigirle siquiera la palabra.

El quinto día, un domingo, cuando Komura volvió del trabajo a la hora acostumbrada, su esposa había desaparecido.

Komura trabajaba de comercial en un prestigioso establecimiento de Akihabara especializado en equipos de sonido. Vendía productos de alta gama y, a su sueldo, le sumaba una comisión por venta realizada. Su clientela la componían, en su mayor parte, médicos, empresarios acaudalados y provincianos ricos. Ya hacía casi ocho años que trabajaba allí y sus ingresos nunca habían sido bajos, ni siquiera al principio. Era una época de gran prosperidad económica, el precio del suelo subía y Japón entero rebosaba dinero. Parecía que todo el mundo tuviera la cartera repleta de billetes de diez mil yenes y unas ganas irrefrenables de gastárselos. Los artículos más caros eran los que primero se vendían.

Alto, esbelto, siempre bien vestido, muy sociable, Komura había salido, de soltero, con muchas mujeres. Sin embargo, tras casarse a los veintiséis años, sus ansias de búsqueda de emoción sexual habían desaparecido como por ensalmo, de un modo extraño. Durante los cinco años que llevaba de matrimonio no se había acostado con ninguna otra mujer. Y no es que le hubieran

faltado oportunidades. Sólo que había perdido el interés en los romances pasajeros. Prefería volver temprano a casa, cenar tranquilamente con su esposa, charlar un rato en el sofá y, luego, irse a la cama y hacer el amor. Esto era cuanto deseaba.

Cuando Komura se casó, todos sus amigos y compañeros de trabajo —en mayor o menor grado, aunque sin excepción— habían sacudido la cabeza incrédulos. Frente a los rasgos clásicos y agraciados de Komura, su esposa mostraba unas facciones vulgares. Y no se trataba sólo de su fisonomía. Tampoco su carácter poseía ningún atractivo en particular. Era taciturna, con un aire siempre malhumorado. Corta de talla, los brazos gruesos, la expresión obtusa.

Sin embargo, Komura —aunque ni él mismo pudiese explicarse la razón—, cuando se encontraba bajo el mismo techo que ella, sentía cómo sus tensiones desaparecían. Dormía apaciblemente por las noches. Ya no lo turbaban sueños extraños. Sus erecciones eran duras; sus relaciones sexuales, de una intimidad plena. Habían dejado de inquietarle la muerte, las enfermedades venéreas, la inconmensurabilidad del universo.

Su esposa, por el contrario, aborrecía la agobiante vida urbana de Tokio y quería regresar a Yamagata. Añoraba a sus padres y a sus dos hermanas mayores, y cuando el sentimiento de nostalgia se recrudecía, regresaba sola a su pueblo. Propietaria de un hotel tradicional japonés, su familia gozaba de gran desahogo económico y, como el padre idolatraba a su hija

menor, le costaba gustoso las escapadas. Para Komura no era una novedad volver del trabajo y encontrarse con que su mujer había desaparecido tras dejar una nota sobre la mesa de la cocina en la que anunciaba que había ido a visitar a sus padres y que volvería unos días después. Ante esto, Komura jamás había expresado una sola queja. Se había limitado a esperar en silencio el regreso de su esposa. Y una semana o diez días más tarde, ella siempre volvía, ya de mejor humor.

Sin embargo, esta vez, cinco días después del terremoto, Komura leía en la carta que ella había dejado al irse: «No volveré nunca más». Y explicaba de forma concisa, pero muy clara, por qué no quería seguir al lado de Komura: «El problema», decía su mujer, «es que en ti no hay nada que me llene. Hablando claro, dentro de ti no hay nada que pueda llenarme. Eres cariñoso, amable, guapo, pero vivir contigo es como vivir con una masa de aire. Ya sé que la culpa no es sólo tuya. Seguro que encontrarás a muchas otras mujeres. No me llames. Deshazte de todas mis cosas».

Curioso modo de hablar porque apenas había dejado nada atrás. Su ropa, sus zapatos, su paraguas, su tazón, su secador: todo había desaparecido. Lo habría enviado, todo a la vez, por un servicio de mensajería, o algo así, después de que él se hubiera ido a trabajar por la mañana. Los únicos objetos que habían quedado allí susceptibles de ser llamados «sus cosas» eran la

bicicleta que usaba para ir a la compra y unos cuantos libros. De los estantes de cedés habían desaparecido casi todos los discos de los Beatles y de Bill Evans a pesar de que Komura los coleccionaba desde antes de casarse.

Al día siguiente, Komura telefoneó a casa de los padres de su mujer, en Yamagata. Contestó su suegra, le dijo que su hija no quería hablar con él. En el tono de la madre se traslucía, hacia Komura, cierto sentimiento de culpabilidad. Le dijo que le enviarían los papeles por correo, que él estampara su sello personal y los reenviara lo antes posible. Komura objetó que aquél no era un asunto que pudiera resolver «lo antes posible», se trataba de algo importante, necesitaba tiempo para reflexionar.

—Por más que reflexiones, nada va a cambiar —repuso la madre.

Komura se dijo que probablemente ella tuviera razón. Por más que esperara, por más que reflexionase, ya nada volvería a ser como antes. Él lo sabía muy bien.

Poco después de reenviar los papeles, ya sellados, Komura se tomó una semana de vacaciones pagadas. Su jefe ya sabía, más o menos, lo que había ocurrido, y además febrero era una época de poco trabajo, de modo que se la concedió sin poner objeciones. Parecía que el jefe tenía ganas de añadir algo, pero al final no lo hizo.

—Oye, Komura. Me han dicho que te tomas unos días de descanso. ¿Qué vas a hacer?

Durante la hora del almuerzo, Sasaki, un compañero de trabajo, se le había acercado y lo interrogaba.

—No lo sé.

Sasaki era unos tres años más joven, soltero. De baja estatura, pelo corto, llevaba gafas redondas con la montura dorada. Muy hablador y un poco arrogante, despertaba las antipatías de mucha gente, pero con Komura, de carácter más bien apacible, no se llevaba mal.

—Una ocasión así hay que aprovecharla. ¿Por qué no haces un viajecito tranquilo?

—Sí, quizás —dijo Komura.

Sasaki se limpió las lentes de las gafas con un pañuelo, luego clavó la mirada en el rostro de Komura, espionando su reacción.

—¿Has estado alguna vez en Hokkaido?

—Nunca —respondió Komura.

—¿Y no te apetecería ir?

—¿Por qué?

Sasaki carraspeó, entrecerró los ojos.

—La verdad es que tengo que enviar un paquetito a Kushiro y se me ha ocurrido que podrías llevármelo tú. Si lo hicieras, me harías un gran favor y yo te pagaría muy a gusto el billete de avión de ida y vuelta. También me encargaría de encontrarte alojamiento.

—¿Un paquetito?

—De este tamaño —dijo Sasaki trazando con los dedos de ambas manos la figura de un cubo de unos diez centímetros—. Y apenas pesa.

—¿Algo del trabajo?

Sasaki negó con la cabeza.

—No, nada que ver. Es cien por cien algo personal. Sólo que tengo miedo de que lo manejen de cualquier manera y no quiero enviarlo por correo o por mensajero. Preferiría que lo llevara en mano algún conocido. Ya sé que podría encargarme yo mismo, pero no consigo encontrar un hueco para ir a Hokkaido.

—¿Es algo importante?

Sasaki curvó los labios cerrados y, acto seguido, afirmó con un movimiento de cabeza.

—Pero no es ningún objeto frágil, ni peligroso: nada con lo que tengas que andarte con cuidado. Basta con transportarlo sin más. Tampoco tendrás problemas con los rayos X de los controles del aeropuerto. No te ocasionará ninguna molestia. Eso de que no quiera enviarlo por correo, en realidad, es un capricho.

En Hokkaido, durante el mes de febrero, era previsible que hiciera un frío horroroso. Pero a Komura tanto le daba el frío como el calor.

—¿Y a quién tendría que entregárselo?

—Mi hermana pequeña vive allí.

Komura no había hecho planes para las vacaciones y, además, le daba pereza hacerlos, así que decidió aceptar el ofrecimiento. Nada le impedía ir a Hokkaido. Sasaki telefoneó inmediatamente a una compañía aérea y reservó un billete para Kushiro. Un billete para dos días después.

Al día siguiente, en el lugar de trabajo, Sasaki le entregó un objeto parecido a una pequeña caja de

cenizas envuelta en papel marrón. A juzgar por el tacto, la caja era de madera. Tal como le había dicho, apenas pesaba. El envoltorio estaba precintado con una ancha cinta de celofán. Paquete en mano, Komura se lo quedó mirando unos instantes. A modo de prueba, lo sacudió suavemente, pero no se produjo reacción alguna, ningún sonido.

—Mi hermana irá a recogerte al aeropuerto. Ella se encargará del hotel —le dijo Sasaki—. Espérala junto a la puerta de desembarque con la cajita en la mano, en un lugar visible. Y no te preocupes. El aeropuerto no es muy grande.

Antes de salir de casa, Komura envolvió la caja que le habían confiado en una gruesa camisa que llevaba de muda y la colocó hacia el medio de la bolsa de viaje. El avión iba mucho más lleno de lo que había supuesto. Komura se preguntó con extrañeza qué diablos iba a hacer toda aquella gente a Kushiro en pleno invierno.

El periódico continuaba repleto de artículos sobre el terremoto. Tomó asiento y leyó, de cabo a rabo, la edición matutina. El número de víctimas mortales continuaba creciendo. El agua y la electricidad seguían cortadas en muchas zonas, la gente había perdido sus casas. Se iba revelando una tragedia tras otra. Pero a los ojos de Komura todos aquellos detalles eran extrañamente planos, carentes de profundidad. Su eco le parecía monocorde y lejano. Lo único en lo que podía centrar, mal que bien, la atención era en su esposa, y en lo rápido que se estaba alejando de él.

Komura reseguía maquinalmente con los ojos los artículos sobre el terremoto, pensaba de vez en cuando en su mujer, volvía a deslizar la mirada sobre algún artículo. Cuando se hubo cansado de pensar en su esposa y de ir persiguiendo los caracteres, cerró los ojos y se sumió en un breve sueño. Al despertar volvió a pensar en su mujer. ¿Por qué había estado siguiendo con tanta pasión, de la mañana a la noche, olvidándose incluso de comer y de beber, las noticias sobre el terremoto? ¿Qué diablos había visto en ellas?

Dos mujeres jóvenes, vestidas con abrigos de idéntico diseño y color, se acercaron a Komura en el aeropuerto. Una tenía la tez blanca, mediría alrededor de un metro setenta de estatura y llevaba el pelo corto. Entre su nariz y el labio superior se extendía una curiosa superficie que hacía pensar en un unguilado de pelo duro. La otra mediría un metro cincuenta y cinco y, dejando aparte que tenía la nariz demasiado pequeña, no era fea. Llevaba el pelo liso, largo hasta los hombros. Las orejas le quedaban al descubierto y, en el lóbulo de la derecha, tenía dos lunares. Como llevaba pendientes, éstos destacaban más de la cuenta. Ambas debían de rondar los veinticinco años. Las dos condujeron a Komura hasta la cafetería del aeropuerto.

—Me llamo Keiko Sasaki —dijo la más alta—. Y ésta es la señorita Shimaó, una amiga mía.

—Mucho gusto —dijo Komura.

—Hola —dijo Shimao.

—Mi hermano me ha contado que su esposa ha fallecido recientemente —dijo Keiko Sasaki con expresión compungida.

—¡Oh, no! No está muerta —rectificó Komura tras una breve pausa.

—¡Pero si ayer mi hermano me lo dijo claramente por teléfono! Que usted había perdido a su esposa.

—No, no. Sólo nos hemos separado. Por lo que sé, se encuentra de maravilla.

—¡Qué raro! Es imposible que haya entendido mal una cosa así.

Debido a la confusión, ponía cara de sentirse herida en lo más profundo. Komura se echó un poco de azúcar en el café y lo removió despacio con la cuchara. Tomó un sorbo. El café, aguada, era insípido; más que en esencia, parecía estar presente de manera simbólica, no real. «¿Pero qué diablos estoy haciendo aquí?», se preguntó Komura con extrañeza.

—Debo de haberlo entendido mal. Es la única explicación que se me ocurre —dijo Keiko Sasaki, repeniéndose. Respiró hondo, se mordisqueó los labios—. Lo siento mucho. He sido terriblemente grosera.

—No se preocupe. Total, viene a ser lo mismo.

Mientras ellos hablaban, Shimao observaba a Komura en silencio, esbozando una sonrisa. Al parecer, había captado su simpatía. Él lo advirtió en la expresión de su rostro y en algunos pequeños gestos. El silencio cayó momentáneamente sobre los tres.

—¡En fin! Primero, lo más importante: el paquete

—dijo Komura. Descorrió la cremallera de la bolsa y, de entre los pliegues de una gruesa camisa de esquí, sacó el envoltorio que le habían confiado. «Pensándolo bien, se suponía que debía llevarlo en la mano», se acordó Komura. «Era la señal. ¿Cómo me habrán reconocido estas dos?»

Keiko Sasaki alargó ambos brazos por encima de la mesa, tomó el paquete y se lo quedó mirando con ojos inexpresivos. Luego lo sopesó y, tal como había hecho Komura, se lo llevó al oído y lo sacudió varias veces con suavidad. Dirigió una sonrisa a Komura para indicarle que todo estaba en regla y guardó la caja en un bolso grande.

—Tengo que hacer una llamada. Discúlpeme un momento —dijo Keiko.

—Por supuesto. Faltaría más. Adelante —repuso Komura.

Keiko se colgó el bolso al hombro y se encaminó hacia una cabina que se veía a lo lejos. Komura siguió con la mirada su figura de espaldas. La parte superior del cuerpo de la mujer permanecía fija y únicamente la inferior, de cintura para abajo, se iba desplazando con grandes y ágiles movimientos, como si fuera una máquina. Mientras observaba su modo de andar, Komura tuvo la extraña sensación de que una escena del pasado irrumpía de pronto, sin lógica alguna, en el presente.

—¿Es la primera vez que viene a Hokkaido?—le preguntó Shimaō.

Komura movió la cabeza en ademán negativo.

—Está lejos, ¿verdad?

Komura asintió. Y miró a su alrededor.

—Aunque lo cierto es que no tengo la sensación de haberme ido tan lejos. Resulta extraño.

—Es culpa del avión. Va demasiado rápido —dijo Shimaó—. El cuerpo se desplaza, pero la mente no puede seguirlo.

—Sí, tal vez.

—¿Y usted quería ir lejos?

—Es posible.

—¿Porque su mujer se ha marchado?

Komura asintió.

—Por muy lejos que uno vaya, jamás puede huir de sí mismo —dijo Shimaó.

Komura, que estaba contemplando distraídamente el azucarero que había sobre la mesa, alzó la cabeza y clavó la mirada en el rostro de la mujer.

—Sí. Tienes razón. Por muy lejos que vayas, no puedes huir de ti mismo. Pasa igual que con la sombra. Te sigue a todas partes.

—Seguro que usted quería mucho a su esposa, ¿verdad?

Komura prefirió no responder.

—Eres amiga de Keiko Sasaki, ¿no?

—Sí. Somos compañeras.

—¿Compañeras de qué?

—¿Tiene hambre? —preguntó Shimaó a modo de respuesta.

—No lo sé —dijo Komura—. Me da la sensación de que sí y, a la vez, de que no.

—Iremos a comer algo caliente los tres. Cuando haya tomado algo caliente, se sentirá mucho mejor.

Conducía Shimaō. El coche era un Subaru pequeño de doble tracción. A juzgar por el estado del vehículo, ya debía de llevar más de doscientos mil kilómetros recorridos. El parachoques trasero tenía una gran abolladura. Keiko Sasaki ocupó el asiento del copiloto y Komura se sentó en el estrecho espacio posterior. Shimaō no conducía especialmente mal, pero el asiento trasero rechinaba de manera atroz y la suspensión del coche estaba muy dañada. El cambio automático era brusco, el aire acondicionado funcionaba a rachas. A Komura, al cerrar los ojos, lo asaltó la ilusión de encontrarse metido en el bombo de una lavadora.

En las calles de Kushiro no había nieve acumulada. Sólo se veían restos helados, viejos y sucios como palabras obsoletas, esparcidos, aquí y allá, a ambos lados del camino. Las nubes pendían, bajas, y la oscuridad lo envolvía todo a pesar de que todavía faltaban unas horas para el crepúsculo. El viento cortaba las tinieblas con un silbido agudo. Apenas se veían transeúntes andando por la calle. El paisaje era el colmo de la desolación: incluso los semáforos parecían congelados.

—Ésta es una de las zonas de Hokkaido donde cuesta más que se amontone la nieve —explicó Keiko Sasaki en voz alta volviéndose hacia atrás—. Como está cerca del mar y el viento es muy fuerte, aunque

la nieve cuaje se dispersa enseguida. Pero hace un frío que pela. Parece que se te vayan a caer las orejas.

—Si un borracho se duerme en la calle, muere por congelación —apuntó Shimao.

—¿Se ven osos por aquí? —preguntó Komura.

Keiko miró a Shimao y se rió.

—¿Has oído? Que si hay osos, dice.

Shimao soltó una risita.

—No conozco bien Hokkaido —dijo Komura a modo de disculpa.

—Hay una historia muy divertida sobre osos —aclaró Keiko—. ¿Verdad? —añadió dirigiéndose a Shimao.

—¡Divertidísima! —asintió ella.

Sin embargo, la conversación se interrumpió en este punto y la historia sobre los osos nunca llegó a empezar. Tampoco Komura preguntó nada al respecto. Pronto llegaron a su destino. Un gran establecimiento de fideos a pie de carretera. Dejaron el coche en el aparcamiento y entraron los tres juntos en el local. Komura se tomó una cerveza y comió unos ramen calientes. El restaurante estaba sucio, no había nadie, las mesas y las sillas se bamboleaban, pero el ramen era muy bueno y, después de tomarlo, Komura se sintió, realmente, mucho más relajado.

—¿Hay algo especial que quieras hacer en Hokkaido? —le preguntó Keiko Sasaki—. Mi hermano me ha dicho que te quedarás una semana.

Komura reflexionó unos instantes, pero no se le ocurrió nada que le apeteciera hacer.